

ces de heno con sombreros viejos y todo género de espantajos, á fin de impedir á los pájaros que anidasen en ellos, y por consiguiente que los rapaces cogiesen sus nidos.

Por todas estas razones Gilliatt era casi odioso en el país. Era un odio el que inspiraba muy fundado y legítimo.

El año estaba muerto. Gilliatt aboleto al pobre hombre.

Otro día, viendo á un machacho pájar de un árbol con un nido de verdones recién nacidos, sin plumas casi y enteramente desnudos, Gilliatt se lo quitó, y llevó su verdadera al estremo de colocarle de nuevo en el árbol.

Los transeúntes lo reconocieron, y él por toda escusa no hizo mas que indicarle el padre y la madre de los nidos, centes pajarrillos que chillaban encima del árbol y volaban á su nido.

Tenia mucho cariño á los pájaros, y esta es otra señal en que se reconocen generalmente los hechiceros. Los rapaces se complacen en vaciar los nidos de las gaviotas y alchines que anidan en las alcantilladas. Cogen un gran número de huevos azules, amarillos y verdes con que forman rosetones en las delanteras de las chimeneas. Como los alcantillados están cortados á pico, algunas veces los rapaces respaldan, caen y se matan. Nada es tan heroico como las manoplas adornadas con huevos de aves marítimas. Gilliatt no sabía qué inventar para hacer daño. Se encaramaba con peligro de su propia vida por las escarpaduras de las rocas marítimas, y colocaba en sus picos las

V.

OTROS LADOS OSCUROS DE GILLIATT.

La opinion respecto de Gilliatt no se habia fijado de una manera bien determinada.

Generalmente se le creia *marcou*, como dicen los franceses, y algunos llegaban á tenerle por *cambion*. El *cambion* es el hijo que una mujer tiene del diablo.

Cuando una mujer ha tenido de un hombre siete varones seguidos, el sétimo es *marcou*, pero para eso es menester que ni una sola hembra interrumpa la serie de los varones.

El *marcou* tiene una flor de lirio natural impresa en una parte cualquiera de su cuerpo, lo que hace que cure

los lamparones y escrófulas tan bien como los reyes de Francia.

En Francia hay algunos marcous en todas partes, particularmente en el Orleanés. Cada aldea del Gatinesado tiene su marcou. Basta para curar á los enfermos que el marcou sople en sus llagas ó que les haga tocar su flor de lirio. El éxito es sobre todo seguro en la noche del Viernes Santo. Diez años atrás el marcou de Ormes en el Gatinesado, llamado por sobrenombre el *Hermoso Marcou* y consultado en toda la provincia, era un tonelero llamado Foulon, que tenia caballo y coche. Para impedir sus milagros fue menester poner en juego la gendarmería.

Tenia la flor de lirio debajo de la tetilla izquierda. Otros marcous la tienen en otra parte.

Hay marcous en Jersey, en Aurigny y en Guernesey, lo que depende sin duda de los derechos que Francia tiene sobre el ducado de Normandía. ¿Qué significaría de otro modo la flor de lirio?

Hay tambien en las islas de la Mancha escrofulosos, por lo que en ellas los marcous son necesarios.

Algunas personas que se hallaban presentes un día que Gilliatt se bañaba en el mar creyeron verle la flor de lirio. Interrogado acerca del particular, por toda respuesta se echó á reir.

Porque algunas veces reia como los demás hombres.

Desde entonces no se le volvió á ver bañándose; no se bañaba sino en sitios peligrosos y solitarios, probablemente

de noche, á la claridad de la luna, lo que no dejó de despertar sospechas.

Los que se obstinaban en creerle cambion, es decir, hijo del diablo, se engañaban evidentemente. Habrian debido saber que apenas hay cambiones mas que en Alemania. Pero cincuenta años atrás el Velle y Saint-Sampson eran paises ignorantes.

Decir que en Guernesey hay quien cree en algun hijo del diablo es evidentemente una exageracion.

Gilliatt, por lo mismo que inspiraba inquietudes, era consultado. Los labradores, aunque con miedo, le visitaban para hablarle de sus enfermedades. Este miedo contribuye á inspirar confianza, y entre los campesinos cuanto mas sospechoso es el médico, tanto mas seguros parecen sus remedios. Gilliatt poseia medicamentos que habia heredado de la mujer muerta, y los administraba sin retribucion alguna á quien se los pedia. Curaba los panadizos con la aplicacion de ciertas yerbas; con el licor de una de sus redomas cortaba las calenturas, y el químico de Saint-Sampson, que en Francia seria farmacéutico, era de opinion de que el líquido con que Gilliatt combatia las tercianas era un cocimiento de quina. Los menos benévolos convenian sin repugnancia en que Gilliatt era un diablo bastante bueno para los enfermos cuando se trataba de sus remedios ordinarios; pero como marcou, no queria oir nada, y si un escrofuloso le pedia que le dejase tocar su flor de lirio, por toda respuesta le daba con la puerta en los hocicos. Hacer milagros era una cosa á que se negaba

obstinadamente, lo que en un hechicero es ridículo. No seas hechicero, pero si lo eres, cumple con tu oficio.

La antipatía universal tenía una ó dos escepciones. El señor Landoys, del Clos-Landes, era escribano cartulario de la parroquia de Saint-Pierre Port, encargado de las escrituras y guarda del registro de los nacimientos, matrimonios y defunciones. Hacia alarde de descender del tesoro de Bretaña Pedro Landoys, ahorcado en 1485. Un día el señor Landoys se estaba bañando, y alejándose demasiado de la orilla, corrió gran peligro de ahogarse. Gilliatt se echó al agua y salvó á Landoys, esponiéndose á ser él el ahogado. Desde entonces Landoys no habló mal de Gilliatt. A los que le echaban en cara su benevolencia, les respondía: *¿Por qué quereis que aborrezca á un hombre que no me ha causado ningun daño y me ha prestado sus servicios?*

El escribano cartulario hasta llegó á ser amigo de Gilliatt. Era un hombre sin preocupaciones. Se reía de los que tienen miedo á los aparecidos. Tenía un barquichuelo, dedicaba á la pesca algunas horas de ocio, y nada extraordinario habia visto nunca, como no fuese un dia que á la claridad de la luna distinguió á una mujer blanca que se agitaba en el agua, y aun de eso no estaba muy seguro. Montonne Gahy, la bruja de Torteval, le habia dado un taleguillo que se ata al cuello debajo de la corbata y protege contra los espíritus.

El se burlaba del talego ignorando lo que contenia, sin embargo lo llevaba, sintiéndose mas seguro con el amuleto.

Algunas personas atrevidas se aventuraban, siguiendo el ejemplo del señor Landoys, á reconocer en Gilliatt ciertas circunstancias atenuantes, algunas apariencias de buenas prendas, su sobriedad, su abstinencia de aguardiente y de tabaco, y alguno llegó á hacer de él este bello elogio: *No bebe, ni fuma, ni masca, ni toma rapé.*

Pero la sobriedad no es una cualidad sino cuando se tienen otras.

La aversion pública seguia á Gilliatt.

Pero al fin, como marcou, Gilliatt podia prestar servicios. Cierta Viernes Santo, á media noche, dia y hora usados para esa especie de curaciones, todos los escrofulosos de la isla, por inspiracion propia ó por convenio reciproco, se trasladaron en grupo al Bu de la Calle, suplicando á Gilliatt con las manos juntas que les curase. Él se negó, y su maldad quedó reconocida.